

El capullo rojo

Por Kobo ABE

Dibujo de Marta PALAU

Empieza a oscurecer. Es la hora en que la gente apura el paso para volver a sus guaridas; sólo que yo no tengo a dónde regresar. Sigo caminando lentamente por las angostas brechas que separan las casas, repitiendo por milésima vez: "Habiendo tantas en la ciudad, ¿por qué no tengo yo una misera casa?"...

Si orino apoyado en un poste, encuentro un pedazo de sogá y entonces me asalta la tentación de ahorcarme. La sogá mira de rojo mi cuello y me dice: "Hermano, descansemos." Realmente tengo ganas de descansar. Pero no puedo. En primer lugar no soy ningún hermano de la sogá, además debo convenirme del por qué no tengo casa.

La noche vuelve todos los días. Cuando llega la noche hay que descansar. Para descansar se necesita una casa. Entonces, ¿qué razón puede haber para que yo tenga la mía!

Pienso. Puede que esté completamente equivocado, y no es que no tenga casa sino simplemente que me he olvidado del hecho de que la tengo. Eso es posible. Veamos..., por ejemplo, me paro frente a una casa que encuentro al azar y me digo que ésta puede ser la mía, aunque desde luego no es que comparada con otras, tenga alguna particularidad que haga aumentar esa posibilidad, pero eso se puede decir de cualquier casa, y tampoco es ninguna prueba para negar que ésta sea la mía. Me armaré de valor y golpearé la puerta.

Por suerte de la ventana semi-abierta se asoma una cara sonriente y amable, un soplo de esperanza pasa cerca de mi corazón que se agita como una banda desplegada. Sonríe y me inclino levemente, como un caballero.

—Perdone que la moleste, pero quisiera saber si ésta no es mi casa.

El rostro de la mujer se endurece al instante.

—¿Cómo? ¿Quién es usted?

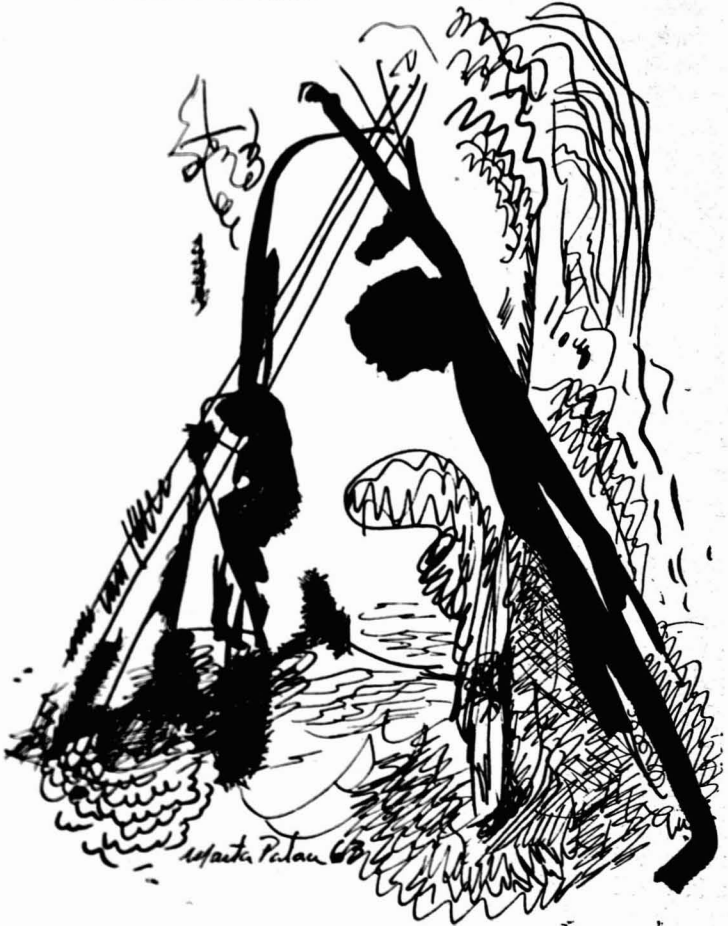
Intento explicar y me doy cuenta de que no sé cómo hacerlo. ¿Cómo hacerle entender que en este caso no tiene tanta importancia el saber quién soy? Un poco irritado digo:

—De todos modos, si usted cree que ésta no es mi casa, le rogaría que me lo demostrase.

—Pero... — el rostro de la mujer da señales de alarma. Eso me molesta.

—Si no tiene pruebas, puedo pensar que ésta es mi casa, ¿no es cierto?

—Pero, ésta es mi casa.



—¿Y eso qué tiene que ver? El que sea suya no quiere decir que no sea mía, ¿no cree?

En lugar de responderme, la cara de la mujer se vuelve pared, y cierra la ventana. ¡Ah!, he aquí el verdadero carácter de la sonrisa de una mujer. Y ese cambio es la justificación de la incomprensible lógica de que el ser de alguien demuestra que no es de otro.

Pero, ¿por qué?... ¿Por qué todo es de alguien y nada es mío? Aunque nada sea mío, bien podría haber alguna cosa que tampoco fuera de nadie. Alguna vez me hice ilusiones de que los tubos de las fábricas o de los depósitos eran mi casa. Pero esos tubos se iban convirtiendo en propiedad de alguien y desaparecían sin relación alguna con mi voluntad o mis intereses, o se transformaban en algo que evidentemente no era mi casa.

¿Y qué de los bancos de las plazas? Si los bancos fueran realmente mi casa y si el guardián con su bastón no viniera a echarme, sería perfecto... Sin lugar a dudas, esto es de *todo* el mundo y de ninguno de ellos. Pero el hombre dice:

—¡Eh, levántate! Esto pertenece a todo el mundo y es de nadie. Con menos razón podría ser tuyo. ¡Andando, andando! Si te niegas, te haré entrar por la puerta de la ley, a meterte en el sótano. Y si te detienes en cualquier lugar, donde quiera que sea, habrás cometido un delito.

¿Quiere decir que yo resulto ser el judío errante?

Empieza a oscurecer y sigo caminando.

Casas... Casas que no desaparecen, no se transforman, que paradas sobre la tierra permanecen inmóviles. Y las calles, esas brechas entre las casas que no tienen el mismo aspecto. En los días de lluvia quedan como un cepillo, en los días de nieve se reducen al ancho de las huellas de los automóviles, y en los días de viento se deslizan como una correa. Sigo caminando. Como no encuentro la razón de no tener mi propia casa, ni siquiera me puedo ahorcar.

¿Eh, quién se enrosca en mis piernas? Si eres la sogá, espera, no te apures tanto, pero no, no es la sogá. Esto es un hilo de seda pegajoso; y si tiro de él —cuya punta está metida dentro de la rotura del zapato— sigue saliendo. Esto es extraño. Continuaba tirando movido por la curiosidad, cuando ocurrió una cosa extraña. Mi cuerpo empezó a inclinarse lentamente y llegó un momento en que no pude mantener más el ángulo recto. ¿Sería que el eje de la tierra empezaba a inclinarse hacia la dirección de la gravitación?

Hubo un ruido seco del zapato que cayó al suelo desprendiéndose de mi pie, y entonces comprendí lo que ocurría. No es que el eje de la tierra se hubiera desplazado, sino que se había acortado una de mis piernas. Al tirar del hilo de seda, mi pierna se acortó rápidamente. Como el codo roto de un sweater que se empieza a destejer, mi pierna se estaba deshiliando. Ese hilo no era otra cosa que mi pierna descompuesta.

Ya no puedo dar un paso más. Mientras me quedaba parado sin saber qué hacer, mi pierna convertida en hilo de seda, empezó a moverse dentro de mis manos que tampoco sabían cómo reaccionar. Comenzó a deslizarse ágilmente y sin la ayuda de mis manos, sólo se deshila y se enrosca en mi cuerpo como una serpiente. Una vez deshilada la pierna izquierda, el hilo se trasladó en forma natural a la derecha. Terminó envolviendo todo mi cuerpo, como en una bolsa, y no obstante no paraba de deshilarse; pronto llegó a mi abdomen, del abdomen al pecho y del pecho a los hombros, mientras iba endureciendo la bolsa desde adentro. Y así, desaparecí por completo.

Solamente quedó un enorme capullo de gusano de seda.

¡Ah, ahora sí que podría descansar! El sol de la tarde teñía el capullo de rojo. Esto sí es mi casa, donde ciertamente nadie podría molestarme. Pero ahora que tengo la casa, no me tengo a mí mismo para regresar a ella.

El tiempo se detuvo dentro del capullo. Afuera ya estaba oscuro, pero allí dentro seguía el crepúsculo con su resplandeciente rojo reflejado por el sol que brillaba desde adentro. Esta característica obviamente tenía que llamar la atención de ese hombre, que me encontró en el paso a nivel, entre la barrera y los rieles. Al principio se molestó, pero pronto pensó que había encontrado algo inusitado y me metió en su bolsillo.

Anduve bamboleando por un rato, y luego fui pasado al cajón de juguetes de su hijo.

(Traducción del japonés por Kazuya Sakai)